

# purorelato

I CONCURSO DE MICRORRELATOS  
CASA ÁFRICA

## ***El viajero (primer premio: María del Mar Horno García, Jaén)***

Viajar abre la mente. Por eso el abuelo tenía un agujero en la cabeza de considerable tamaño. Muchas veces era divertido porque de él huían cebras a la carrera, algún lemur o una cría de elefante. Los niños siempre remoloneaban a su alrededor esperando que saltara de su mollera abierta cualquier sorpresa. Otras veces era muy fastidioso. Por ejemplo, cuando emergían sonidos estridentes de alguna gran ciudad o asomaba la punta del Kilimanjaro y teníamos que llamar a la grúa para sacar la gigantesca mole. Un día comenzó a brotarle agua en cascada y arrastró todos los muebles varias leguas, dejando en el jardín una canoa varada. En cierta ocasión, salió, no sin esfuerzo, una familia somalí con la que intercambiamos costumbres y saberes. Incluso, el pequeño Kalí se quedó con nosotros algunos años. Cuando el viejo, por fin, emprendió su último viaje, le pusimos su trasnochado traje de aventurero y le colocamos en una pira que ardió lentamente. Y mientras el humo ascendía, se alejaron también libertad, tolerancia, respeto, sueños. Como aves migratorias. Y de nuevo se abotonó nuestro pequeño ojal de las utopías.

## ***La vida verde de los elefantes (segundo premio: Isidro Catela Marcos, Madrid)***

Durante treinta años, he recorrido en bicicleta las cuestas de las calles de Nairobi. Todos los días, de la favela a la plaza, de la plaza al mercado. La gente, con su alegre lentitud, me ha saludado siempre. Sólo a mí, aunque nunca fuera solo. Al principio, rodaba en tándem con un guepardo perfecto. En los trechos cortos, alcanzábamos los ciento veinte kilómetros por hora. Llevábamos a tiempo las tilapias, las verduras, el cardamomo, la carne, el cilantro. Nadie lo veía, pero iba a mi lado. A veces le daba un pedazo de cebrá como recompensa. Inseparables. Después, con el tiempo, nos fuimos distanciando. Mis piernas no le acompañaban y no me parecía justo que él hiciera todo el trabajo. Aparqué la bicicleta, le di un abrazo y nos despedimos para siempre. Ahora ya no subo al mercado. Paso las mañanas al sol. Por las tardes, me pongo la única chaqueta que tengo y paseo por Parklands, el barrio inglés. Hace días que le sigo la pista a un nuevo amigo. Es enorme. Estoy seguro de que vive allí. Tal vez quisiera subirse a la bicicleta, sin obligaciones. Podríamos huir de la vida gris. Podríamos compartir los bulbos y las hierbas verdísimas que me quedan en la cesta. La gente me seguiría saludando únicamente a mí. La mayoría, con la misma alegría; con mayor lentitud, si cabe. Otros, con una pizca de distancia, preguntándose por la secreta razón de una soledad tan bien llevada.

## ***Revelación (tercer premio: Sambualich, Colombia)***

A los treinta y cinco años, en la pista de baile, se vino a dar cuenta de que era negra.